



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Nuestra historia como herencia

Autor: Matesanz Ibañez, José Antonio

Forma sugerida de citar: Matesanz, J. A. (1992). Nuestra historia como herencia. *Cuadernos Americanos*, 5(35), 221-226.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año VI, Núm. 35, (septiembre - octubre de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

NUESTRA HISTORIA COMO HERENCIA

Por *José Antonio MATESANZ*

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

ALGUNAS DE LAS PSICOLOGÍAS CONTEMPORÁNEAS enseñan que para que el individuo llegue a la plenitud es imprescindible que se reconcilie con su pasado totalmente, sin cortapisas, de modo que acepte que todo aquello que le ha sucedido, absolutamente todo, fue lo mejor para él en el momento en que le ocurrió, y lo mejor para él ahora mismo, pues fue escalón imprescindible para que pudiera llegar a donde ahora se encuentra. Los sucesos del pasado personal se transforman así, de ocasiones traumáticas y posiblemente dolorosas, en escalones de un proceso que llevan al individuo a una conciencia más viva y más realista de quién es, de hecho; se transforman en eslabones que, conectados unos con otros, forman el entrelazamiento continuo, la creación misma de una personalidad única, que se desarrolla y se constituye por medio de una historia; se convierten, en fin, en lecciones aprendidas o en lecciones por aprender, todo lo cual se resume en una conciencia que dota al individuo de gran seguridad en sí mismo y lo capacita para concebir una idea sobre cuál puede ser su plenitud personal, y sobre todo cómo llevarla a cabo.

Para alguien que, como yo, se ha pasado casi toda la vida en escuelas, unas veces como alumno y otras como maestro, y siempre como estudiante, resulta una gran tentación considerar el mundo y la vida como una gran escuela; y más tentador resulta aún, adoptar esa idea de que es imprescindible aceptar nuestra historia totalmente, e incluso extrapolarla para incluir la historia toda de Latinoamérica. ¿Será posible, será incluso deseable hacer esa extrapolación que, guardando todas las proporciones y haciendo todos los ajustes del caso, aplique este principio ya no a la vida del individuo, sino a la de las naciones? ¿Esa plenitud, tan deseable y supuestamente posible en la vida de los individuos, será igualmente deseable y posible en la vida de las colectividades, de las sociedades, de las

naciones, de las naciones de naciones? Es tentador hacer la prueba, y resulta todavía más tentadora porque ha sido, en gran medida, la enseñanza intelectual y el ejemplo vital del maestro Zea.

Hoy que ‘coloquiamos’ en honor del maestro Zea, quiero ceder a la tentación de especular un poco en voz alta sobre lo que aceptar nuestra historia podría implicar; sobre, por lo menos, algunos de los ajustes y proporciones que esto exigiría. Aceptar plena y totalmente nuestra historia implica, en efecto, aplicar uno de los conceptos que Zea ha manejado y sugerido desde hace mucho tiempo: el de asumirla. No será inútil señalar que la necesidad de llevar esta operación a cabo me la ha indicado no solamente la enseñanza del maestro, sino también una molestia ya antigua. Hace mucho tiempo que me inquieta y me molesta el hecho, que he visto constantemente repetido a lo largo de los años, de que nosotros, mexicanos y latinoamericanos por igual, reaccionemos ante nuestra historia con disgusto, con injusticia, con desconocimiento, con falta de realismo, desproporcionada y arbitrariamente, incluso con asco, como si nuestra historia no fuese una dimensión connatural a lo que somos y a quienes somos, y por tanto digna de nuestro mayor respeto y de nuestro mayor interés y amor, sino el invento de un genio maligno empeñado en acumular características negativas y repulsivas para nosotros y para los demás, y empeñado también en cerrarnos el paso cuando queremos transformar nuestra realidad. Por otra parte, además de esa molestia, digamos vital, he experimentado otras molestias a nivel intelectual: para mí son evidentes por lo menos algunos de los grados en que los prejuicios que anidan en nuestras cabezas coloran y deforman nuestras percepciones de las realidades históricas. A otro nivel de la realidad, este rechazo de nuestra historia, este asco por nuestro pasado, determina también en gran medida nuestra ineficacia ante nuestro presente, y nuestra desesperanza, tan difundida a todos los niveles del mundo latinoamericano, ante nuestra incapacidad por cambiarlo.

En efecto, ¿qué puedo hacer yo ante ‘la repulsiva, negativa y odiosa realidad que me rodea’, si todos nuestros males derivan del hecho desgraciado de que ‘los españoles nos conquistaron a los indios en el siglo XVI’? O, desde otra perspectiva, ¿qué puedo hacer, además de lamentarme, si ‘todos nuestros males provienen del hecho desgraciado de que somos indios, o mestizos, con algún pique por ahí, peor aún, de negro y de chale’? Evidentemente, yo no puedo cambiar esos hechos, tan lamentables y tan negativos; no puedo convertirme en suizo, o por lo menos en sueco, francés o

alemán, y por lo tanto no puedo hacer nada por mejorar el mundo que me rodea: estamos condenados a no pasar de perico-perro por principio de cuentas, por constitución esencial.

Espero que me hayan tomado por sarcasmo o por chiste cruel lo que acabo de decir, porque así quise decirlo, pero se basa en una realidad que nosotros mismos hemos construido laboriosamente, y que consiste en cultivar el desprecio por nosotros mismos, por lo que somos, y por lo tanto en cultivar el desprecio por nuestra propia historia, que nos ha llevado a ser lo que somos. Si esta actitud existiese solamente a nivel periodístico o popular, ya sería suficientemente grave; pero es el caso que existe también a niveles, digamos "intelectuales". Recordemos a manera de ejemplo que nada menos que el gran Domingo Faustino Sarmiento, genio y titán intelectual latinoamericano, dedicó su último libro, *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883), que él mismo consideraba la culminación de su pensamiento y la corona de su labor como escritor, a sostener la perversa idea —perversa por falsa y por destructiva a la vez— de que todos los males de América podían explicarse porque somos los herederos de dos razas, la india y la española, degenerada una y decrepita la otra. Y también a guisa de ejemplo recordemos que otro autor, también argentino, ya en nuestro siglo dedicó su considerable talento a tratar de fundamentar la idea de que el pecado original de América consiste, radicalmente, en no ser Europa. Y no se trata, no, de que esa actitud nos venga en exclusiva de Argentina; país por país latinoamericano, época por época, todos hemos participado a nuestra manera en la creación de este falso antimito, de esta antiutopía latinoamericana falsa que nos rebaja, que nos debilita, y que por supuesto nos hace ser presa más fácil de los lobos imperiales, interesados en que aceptemos nosotros mismos nuestro propio rebajamiento, porque así nunca podremos librarnos de su dominación, o, por lo menos, porque así seguiremos jugando el juego conforme a las reglas que ellos nos dictan y les daremos siempre la satisfacción de sentirse superiores, que no es poca cosa.

Entre las muchas cualidades admirables del maestro Zea, a mí me ha atraído siempre lo positivo y lo enaltecido de sus ideas con relación a lo que somos, a nuestra historia, a nuestra identidad; ideas que no surgen, creo yo, solamente de una posición intelectual ante el mundo de la historia y de la filosofía, sino de una actitud vital ante la vida; surgen del convencimiento de no ser menos que nadie a todo lo largo y lo ancho del mundo; surgen de saber, de sentir que somos, todos, ni más ni menos que hombres.

Y lo mejor de todo este asunto es que Zea tiene razón al afirmar que debemos y podemos asumir nuestra historia, no solamente para librarnos de los traumas que ella haya podido dejarnos, sino también para que nos sirva de punto de partida, de plataforma que nos permita llegar más alto y más profundo, sin negar lo que verdaderamente somos, sin mutilarnos, sin imitar irracionalmente a los demás, y sin aceptar los insultos rebajantes de quienes tienen interés en dominarnos.

Como historiador, y también como hombre entre los hombres, imagino —la imaginación es una de las herramientas fundamentales tanto del historiador como del hombre—, imagino, repito, y me complace imaginar, que podemos asumir nuestra historia concibiéndola como una herencia acabada de recibir en el momento mismo en que, fallecidos nuestros padres, nos enfrentamos a la madurez forzosa que implica la orfandad.

Ya no es hora de caprichos ni de resentimientos. El mundo que nos espera ahí afuera no perdona debilidades ni tonterías. La familia ha de unir sus fuerzas, porque los únicos que se benefician de nuestras querellas son los extraños. Afortunadamente, la herencia es rica y abundante: incluso aunque nos gastemos un poco en unas cuantas parrandas, el patrimonio no disminuirá, siempre y cuando seamos discretos y moderados incluso en nuestros excesos.

Lo primero que hay que hacer con nuestra herencia es conocerla: la casa de nuestros ancestros es grande y está llena de recovecos y de sorpresas. Seguramente, en los sótanos y en los desvanes encontraremos muchos esqueletos, y quizá incluso alguna carroña. Hay que sacarlos a la luz, conocerlos, airearlos. Es posible que al contacto del aire se desvanezcan y se conviertan en lo que son, en polvo, también es posible que tropecemos con viejas heridas, con traumas y cicatrices que todavía no cierran.

Es fundamental, cuando esto ocurra, encarar todo aquello que nos perturba con valor y aceptación total; hay que tener en cuenta que ciertas ilusiones ópticas y ciertos parecidos superficiales pueden hacernos creer que las lagartijas o las iguanas son del tamaño de los dinosaurios. Por otro lado, es cierto que la historia latinoamericana está llena de sangre, de violencias, de injusticias, de sarcasmos. No se trata de ignorarlos, ni de pretender que no existieron, ni de justificarlos. ¿De qué se trata entonces? Fundamentalmente, de explicarlos y comprenderlos, y a ello nos ayudan dos consideraciones que es imprescindible tener siempre en cuenta. Una, que por lo que respecta a la violencia y la injusticia, la historia de Latinoamérica no

es ni más ni menos violenta o injusta que la de cualquier otra parte del mundo, sea Europa, los Estados Unidos, Asia, África u Oceanía. ¿Que esto no nos consuela? No nos consuela entonces que el hombre sea hombre y se comporte como tal en todas partes. Nuestro conflicto, por tanto, no es con la historia, sino con la condición humana misma y con el concepto mismo de humanidad, como también supo ver con clarividencia el maestro Zea. Traslademos entonces la discusión moralista a los planos que trascienden lo histórico.

La otra consideración: que el conocimiento histórico mismo, sencillamente para existir como tal, incluye y compromete inextricablemente al sujeto de la historia, es decir, a nosotros mismos, al historiador y a su público. La historia se nos muestra como una cadena hecha de eslabones necesarios; si quitáramos uno, uno solo, el resultado sería distinto de lo que es. La realidad histórica misma se nos escaparía en su expresión concreta, y peor todavía, nosotros mismos no estaríamos aquí, y no seríamos lo que de hecho somos. Y hemos quedado —espero que ya hayamos quedado— en que no se vale negarnos a nosotros mismos, en que estamos contentos y satisfechos de ser quienes somos. La violencia y la injusticia de nuestra historia son, entonces, condiciones necesarias para que nosotros seamos lo que de hecho somos, además de enseñanzas para que nosotros mismos no las repitamos. Son nuestras, en el grado y la medida que fueron cometidas por nuestro ancestros, pero no son nuestra responsabilidad.

De esta manera, además de asumir aquello que no podemos y no debemos negar, asumimos también nuestra responsabilidad propia. Si hay algo que en nuestra realidad presente nos perturbe o nos disguste, es responsabilidad nuestra cambiarlo hoy, en vez de lamentarnos por lo que hicieron nuestros ancestros y echarles encima la culpa. Resulta paradójico, y en el fondo bastante hipócrita, clamar al cielo por las crueldades y las injusticias cometidas por los españoles, o por los indios, o por los hombres del XIX, y que nos lavemos las manos ante las crueldades y las injusticias de nuestro tiempo, que sí son responsabilidad nuestra.

Por lo demás, nuestra herencia histórica es tan rica, tan generosa, que da para mucho más de lo que al principio imaginamos, y puede permitirnos construir nuestro mundo, nuestro Nuevo Mundo, con un sentido de linaje y de continuidad histórica a la vez que de libertad, y de inmensas, prácticamente inagotables, oportunidades. En realidad, es cuestión de escoger cuál es la tradición que deseamos vivir, cuál es el linaje que deseamos continuar; por lo

que respecta a nuestra herencia histórica, la tenemos todos, prácticamente todos. En la casa paterna-materna nos encontramos que conviven, lado a lado, en relación dinámica y llena de contradicciones pero profundamente fructífera y hondamente humana, el constructor de imperios con el defensor de los Estados independientes, el inquisidor con el hereje, el místico con el sensualista, el guerrillero con el militar de escuela, el ortodoxo con el heterodoxo. Por el lado indígena, además de ligarnos con mundos de extraordinaria e insospechada riqueza humana e histórica, siempre actuales, nos ligamos a tradiciones varias, que incluyen lo mismo la creación de imperios teocráticos de vocación universalista que Estados independientes, que estilos de vida en libertad total. Por el lado español, además de la liga específicamente hispana nos relacionamos con las tradiciones clásicas, de las cuales aquélla es legítima heredera, y nos convertimos a nuestra vez en herederos de una proteica vocación de universalidad, por medio de la cual las tradiciones, las herencias del mundo entero se convierten en nuestras —incluidas por supuesto las de nuestros enemigos—, y podemos con toda legitimidad considerar como nuestros, por poner ejemplos que nos son cercanos a muchos de nosotros, el Yi Ching chino, el Tarot egipcio o la Cábala judía, la literatura sánscrita o la poesía africana. Nuestra vocación es de universalidad, y para realizarla en plenitud es necesario tener bien puestos los pies sobre la tierra, asumir totalmente nuestra historia, la personal, la nacional, la de esa comunidad de naciones que llamamos América Latina. Para que pudiéramos darnos cuenta de esto, y para que lo aceptáramos, ha sido capital la obra de mi maestro Lepoldo Zea, y ésta es la oportunidad de reconocerlo y darle las gracias.